

mas de dichas defensas, la ciudad entera estaba como rodeada de un vasto campo atrincherado, que abrazaba dentro de sí los tres arrabales de Ruzafa, de San-Vicente (de la Roqueta) y de Cuarte. A fuerza de brazos se habia construído en poco tiempo, con tierra, una línea continua de baluartes, reductos y redientes, cuyo foso tenia por tanto doce pies de profundidad, y cuyos talús eran bastante altos y escarpados para no poder subirse á ellos sino con escalas. Dicha línea, partiendo de Ruzafa, venia á juntarse con los atrincheramientos de Monte Olivete: su extension y desarrollo era como de cuatro mil toesas.

Esta era la posicion en que el capitán-general Blake habia establecido su ejército, á fin de inspirarle y de volverle la confianza que el descalabro del 25 le habia hecho perder. Y ademas de los paisanos que se habian llamado precedentemente á las armas, y de las milicias que se habian organizado en lo interior de la Capital, llamó á sí, de todas partes, cuantos hombres y destacamentos podian servirle de refuerzo, y mandó al general Freyre viniese á reunírsele. Por este medio se ponía en estado de juntar aun bajo sus banderas, en bien poco tiempo, como unos treinta mil hombres y cerca de tres mil caballos.

Bien lejos estaba el mariscal Suchet de poder

oponer á su enemigo una masa igual de fuerza, y eso que no solo se trataba ya de presentarle batalla en campo raso, sí que de pasar el Guadalaviar en presencia del ejército enemigo, de atacarle en sus atrincheramientos, de encerrarle en la plaza, de embestir despues esta que es de una inmensa extension, y ponerle últimamente sitio. El mariscal, mientras le llegasen las nuevas tropas que habia pedido, se ocupó de la formacion de un parque de artillería considerable. Despues de la toma del castillo de Sagunto, la villa de Murviedro le ofrecia un punto de depósito tan cómodo como seguro, y al momento se hicieron venir de Tortosa todos los acopios y provisiones necesarias á un sitio. Los primeros acarreos comenzaron el 27 de octubre ya, y á beneficio y bajo la proteccion de las baterías establecidas en Benicarló, Oropesa y Benicasi, continuaron siempre por el camino real, hasta que por fin reunimos en Murviedro un tren de sitio de sesenta piezas, abastecidas con setecientos tiros cada una, y tres millones de cartuchos de infantería.

VI. El coronel Millet que se hallaba apostado en Segorbe con el regimiento 121, se vió precisado á ponerse en marcha muchas veces, ó bien á destacar al gefe de batallon Meneau, hácia las montañas de Onda, á fin de dispersar las bandas y partidas que insurreccionaban el pais, y que

amenazaban el camino en las cercanías de Castellon de la Plana. La de un tal Messeguer hubo de dirigirse á Peñaroya, lugar fronterizo del Aragon, por el lado de Morella, y dió ocasion á un acto de vigor que el mariscal Suchet apreció y elogió mucho. Algunos mozos que este gefe quiso arrebatár y llevarse consigo á la fuerza, tomaron las armas, le mataron algunos hombres de la partida y obligaron al resto á huir: dicho lugar solicitó y obtuvo el permiso de armarse. El mariscal se complacia en alentar y en recompensar el zelo que en muchas partes del Aragon no se recataron los habitantes en manifestar, pues no solo habian llegado hasta el punto de abandonar, sí que atacaban ellos mismos las partidas, que nos forzaban incesantemente á sostener una guerra minuciosa, y tan peligrosa como fatigante. Esta disposicion era para nosotros el auxiliar mas útil, en medio de los esfuerzos siempre renacientes de Mina, del Empeinado y de los demas gefes subalternos esparcidos en todo el Aragon. Marchando al socorro de la Almunia, que no pudo salvar, el general Mazzucheli, sostuvo, el 7 de noviembre, con mil y ochocientos hombres, un muy sangriento combate contra todas las fuerzas de Duran, le arrolló y le derrotó completamente con una gran pérdida; la suya consistió también en cerca de doscientos hombres, muertos ó heridos.

El gefe de batallon Bugeaud alcanzó á Campillo y á su banda, el 23 de noviembre, en Monforte y Añadon, y le deshizo enteramente. Una partida de caballería enemiga, atacada, cerca de Maynar, por el gefe de escuadron del 4º de húsares Colson, hubo de sufrir igual suerte. A últimos de este mismo mes, la division Severoli hizo un movimiento por el cual se acercó algo mas de nosotros; vino á establecerse en Teruel, en donde se ocupó en preparar algun acopio de granos.

El mariscal, durante este tiempo, se daba prisa en hacer llegar al campo las tropas que habia enviado para escoltar á los prisioneros. La guarnicion de Peñíscola habia querido muchas veces embarazar y molestar nuestras comunicaciones, y recientemente habia pensado en establecer un puesto, con artillería, en una torre á orillas del mar, llamada Torrenueva: un oficial de ingenieros se habia trasladado ya á dicho punto con cien hombres, y entre ellos cuarenta zapadores. Frente á Peñíscola se encontraba acampado un batallon del 114, bajo las órdenes del comandante Ronfort, para contener la guarnicion, y á corta distancia el capitán de artillería Bonafous mandaba la plaza de Torreblanca. Con un movimiento combinado se dirigieron á Torrenueva ambos oficiales, y se colocaron en batería dos piezas de á 8, antes

que el enemigo hubiese recibido por su parte las que esperaba. Se dejaron ver al propio tiempo algunas barcas cañoneras, procedentes de Peñíscola, que venian al socorro de la torre; en esto nuestros granaderos se precipitaron hácia la puerta con un barril de pólvora para hacerla volar; la guarnicion atemorizada se rindió, y nuestras dos piezas obligaron á largarse á las cañoneras: volóse la torre y abandonamos la posicion.

Sobre el borde mismo del Guadalaviar, nuestras tropas, en sus campamentos de la izquierda, tenian constantemente en una alarma continua al enemigo, por medio de pequeños combates de las guardias avanzadas, y entretanto se reconocian los caminos, los canales ó acequias, los vados y todos los puntos favorables á nuestro paso ofensivo hácia la derecha. El capitan d'Outremont se apoderó de una manera brillante de un puesto y destacamento enemigo que se habia mantenido en Liria. En una escaramuza de caballería, á la derecha del rio, hubimos de perder al gefe de escuadron Bordenave y al capitan de húsares Schmitz; el gefe de escuadron de artillería Duchand resultó herido. Las tropas del general Harispe pasaban frecuentemente el Guadalaviar, ya por uno, ya por otro punto. El enemigo no conservaba un solo soldado á la izquierda, y nosotros le acos-

tumbrábamós á vernos frecuentemente sobre la que él ocupaba. Observábamós mas de cerca sus obras, y veíamos que empleaban su tiempo en concluir y perfeccionar sus atrincheramientos; el número ademas de los combatientes enemigos se aumentaba de dia en dia. El mariscal Suchet veía con hartó pesar que estos retardos harian mucho mas difícil su operacion; pero se habia formado el plan de no dar sino un golpe decisivo, y al efecto debia de esperar la llegada de los socorros y refuerzos que se le tenian prometidos.

VII. El emperador habia decidido por fin que la division Severoli y la division Reille entrarian en el reino de Valencia, y que se pondrian momentáneamente á la disposicion y á las órdenes del mariscal Suchet: durante su ausencia, el general Caffarelli debia de mantener la Navarra y el Aragon. La division Severoli, compuesta del 1º ligero, del 1º y 7º de línea, y del 1º de cazadores italianos, habia sufrido ya algunas pérdidas, en los combates que hubo de sostener desde que verificó su entrada en el Aragon: pero la division francesa que componian el 1º, el 2º, el 6º y el 8º de línea y el 9º de húsares, era bien numerosa y estaba todavia intacta. Este cuerpo de reserva, á las órdenes del general conde Reille, se elevaba en todo á cerca de catorce mil combatientes, divididos en veinte

dos batallones y seis escuadrones, con cuarenta piezas de campaña y el ganado correspondiente para su acarreo. Pero cuando recibió la orden de marcha, el 21 de noviembre, ni estaba reunido dicho cuerpo, ni pronto á maniobrar. La brigada Bourke se encontraba á la sazón entre Zaragoza y Jaca, para escoltar los prisioneros hasta Francia: la brigada Pannetier habia salido para la Castilla, por recomendacion del general Dorsenne que la habia llamado hácia dicho punto. Al regresar á Navarra, el general Reille le dió la orden de dirigirse á Zaragoza, y reuniendo á sí la brigada Bourke, volvió á ponerse en camino el 10, con direcccion á Teruel, en donde le esperaba el general Severoli. Pero en dicho punto se vió forzado á detenerse algun tiempo, con motivo de haber de observar los movimientos del conde del Montijo y del general Freyre, que dirigian sus fuerzas hácia las montañas de Cuenca. Mas habiéndose destacado desde Madrid y llegado á dicho punto un cuerpo de tropas francesas, para desembarazarle, el general Reille continuó su marcha, y llegó el 24 de diciembre á Segorbe. El mariscal Suchet pasó á dicha ciudad para revistar las tropas, y quedó en extremo satisfecho al ver su estado de organizacion y el buen espíritu que las animaba: y sin esperar la brigada Pannetier, que venia aun á cierta distancia á retaguardia,

resolvió el reunir las á su ejército y colocarlas al momento en línea.

Con este motivo el mariscal se encontró á la cabeza de treinta y tres mil hombres\*, con corta diferencia, y se creyó en estado de embestir Valencia, y de acorralar y encerrar el ejército español en sus líneas, objeto primario en consideracion al cual no habia cesado de reclamar un aumento de fuerzas considerable, antes de comenzar á operar. El emperador que dirigia ya sus miras hácia la guerra de Rusia, habia abrazado la idea que se le habia hecho presente, á saber, que la toma de un ejército español todo entero sería un gran paso hácia la sumision general de la Península. Y al efecto, al paso que ordenaba el movimiento del general Reille, prescribió al mismo tiempo al mariscal Marmont, que mandaba el ejército de Portugal situado á la sazón en Estremadura, el enviar un cuerpo considerable hácia Murcia, al traves de la Castilla y la Mancha. Pero como el mariscal Suchet no conocia á punto fijo ni la época ni la direcccion de dicho cuerpo, no pudo contar con él para sus combinaciones, y con solo saber que el general Darmagnac se habia dejado ver hácia Cuenca, juzgó habia llegado ya para su ejército el momento de operar, tanto

\* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 25.

mas que el general Freyre no se habia reunido aun con Blake en su campamento. Este general en gefe no podia menos de saber al minuto los recientes movimientos de nuestras tropas, y en consecuencia, era de nuestro interes el no dejarle tiempo alguno de poder prepararse contra las disposiciones, que la llegada de un refuerzo, que habia ya tanto tiempo que esperábamos, nos ponía ya en el caso de ejecutar. Al general Reille se le dió la órden de dirigirse hácia Liria con una marcha forzada, y desde este punto, al frente del lugar de Ribaroja.

VIII. El ejército debia pasar el Guadalaviar por cerca de dicho lugarejo, y á fin de evitar, en la orilla derecha, aquel como laberinto de canales y de grandes acequias, habíamos escogido un punto superior al en que nacen ó se derivan aquellas del rio, á fin de que apoderándonos, al establecernos sobre la derecha, de las esclusas ó compuertas que dan entrada al agua, quedasen privadas de esta y mas transitables. En la noche del 25 al 26 se construyeron dos puentes con caballetes para el uso de la infantería, y algo mas lejos, otro de barcas, para la artillería y la caballería. Montados á la grupa de nuestros húsares, pasaron el vado doscientos volteadores, que debian proteger á nuestros trabajadores y forzar á los puestos españoles á alejarse. Se replegaron estos en efecto, segun ya

lo habian hecho antes á menudo, y durante la noche no parecieron concebir sospecha alguna de nuestros preparativos. El general Harispe pasó el primero los puentes con su division, siguiéndole poco despues la division Musnier, y el general Bousard con la caballería. Mas á pesar de toda la diligencia posible, las tropas no se vieron reunidas y formadas sobre la orilla derecha antes de las ocho de la mañana. El cuerpo del general Reille, que durante cerca de treinta horas habia marchado de dia como de noche, no habia llegado aun á nuestros campamentos de la orilla izquierda. El general Ferrer ocupaba el arrabal de Serranos y los reducidos con las tropas napolitanas, y tenia orden de mantenerse sobre la defensiva, y de contener solamente á los que intentasen salir y desembocar por los puentes. A la division italiana, acampada entre Benimamet y Campanar, se le habia dado el encargo de atacar los atrincheramientos de Mislata. La division Habert, reunida en el grao, debia de atacar los del Lazareto y las líneas, hácia Monte Olivete. Estos dos ataques debian llamar en gran parte la atencion del enemigo, y ocupar una porcion bien considerable de sus fuerzas, mientras que nuestra ala derecha, por un gran despliegue y movimiento, se dirigiria hácia el camino real de Madrid, y desde este, hasta el lago de la Albu-

fera, á fin de cortar al ejército de Blake toda retirada hácia las orillas del Xucar. Y nos importaba tanto mas el obrar con celeridad, quanto á que el ejército español, viendo de dia claro la direccion de nuestra ala y recelando el verse encerrado en sus líneas, podia cambiar de posicion, sin que nosotros hubiésemos podido impedirlo.

IX. La division Harispe y la caballeria recibieron la orden de marchar hácia Torrente y de atravesar el barranco. El cuerpo del general Robert permaneció en reserva, esperando que el general Reille llegase. Delante de las columnas del general Harispe marchaba, como vanguardia, un escuadron de húsares, y como todo aquel terreno se ve tan cubierto de árboles que apenas puede distinguirse objeto alguno á una corta distancia, el escuadron vino á caer en medio del grueso de la caballeria enemiga hácia Aldaya, y cargado por esta, se replegó derrotado sobre nuestra infanteria, que se iba adelantando en buen orden. La caballeria enemiga se estrelló contra nuestras masas; pero el intrépido general Boussard que marchaba con el escuadron, y que se habia esforzado en vano en sostener la retirada, habia quedado herido sobre el campo de batalla y en poder del enemigo. Su ayudante de campo Robert y muchos otros húsares murieron en el sitio, por haber

querido cubrir con sus cuerpos á su general. Pero en esto nuestra caballeria se precipitó contra la de los Españoles, la derrotó y le siguió el alcance hasta Torrente: libertamos al general Boussard, y aun hicimos algunos prisioneros.

Un vivo fuego de fusileria se viera en el entretanto empeñado sobre los bordes del Guadalaviar. Con arreglo á las órdenes que se le habian comunicado, el general Palombini, á las diez de la mañana, puso en movimiento sus tropas, á fin de atravesar el rio y las acequias que le separaban de Mislata, ocupado por la division de Zayas. El 2º ligero italiano pasó el primero, por sobre la estacada de un molino; en seguida, el general Balathier hizo pasar algunos volteadores de la otra parte de la acequia de Favara, mientras que el capitán Vacani se daba prisa en establecer un puente, por el cual pasó por el pronto el segundo ligero, y un momento despues el 4º de línea que marcharon hácia adelante, á pesar de cuantos esfuerzos hizo el enemigo para rechazarlos. Al propio tiempo, y bajo la proteccion de la artilleria que teniamos en batería en la orilla izquierda, el coronel Henri comenzaba otro puente sobre caballetes en el Guadalaviar; pero la brigada Saint-Paul, impaciente de llegar al sitio del combate, se lanzó hácia el rio, y con agua

hasta la cintura marchó en derechura contra los atrincheramientos de Mislata. Mas hubo de atajarla la grande acequia, cuya profundidad y escarpe por esta parte eran de mucha consideracion. El capitan Ordinari trató tambien de establecer un puente en este mismo sitio. Pero el enemigo dirigió un tan vivo fuego contra nuestra columna, antes que pudiese pasar al todo y desplegarse, que se desordenó un momento, y aun cejó y retrogradó hasta el Guadalaviar. El general Palombini reunió y formó de nuevo su tropa, y logró conducirla por segunda vez al combate, en el momento mismo en que Zayas iba á emplear todos sus esfuerzos contra la brigada Balathier. El 5º y 6º de linea italianos, animados por el ejemplo de sus gefes y en vista del riesgo que sus camaradas corrian, atraviesan la acequia con una bien notable intrepidez, y van á formarse en batalla á la izquierda del 4º de linea y del 2º ligero. Algunos cuerpos de reserva, dirigidos por el mismo general Blake, iban ya á tomar parte en el combate no menos, en cuyo caso el éxito final de este hubiera sido aun muy dudoso; pero al propio tiempo Manises y Cuarte se veían atacados ya, y forzada por su izquierda la línea entera de los atrincheramientos españoles.

Cuando las tropas del general Reille hubieron de haber llegado á retaguardia del general Ha-

rispe, continuó este su movimiento hácia Cartarroja, mientras que el general Musnier hacia atacar vivamente la posicion de Manises y de San-Onofre. Las divisiones Villacampa y Obispo mandadas por el general Mahy, que habia sido llamado como auxiliar á Valencia, y que sin duda pensaba ya en como se retiraria, dichas dos divisiones, repetimos, no defendieron aquella posicion con la obstinacion y la porfia con que Zayas habia defendido la de Mislata. Los regimientos 114, 121 y primero del Vístula forzaron los primeros atrincheramientos, y se dirigieron hácia Cuarte, que el enemigo evacuó prontamente, con el objeto de retirarse por el camino real de Murcia ó de Madrid. Las tropas del general Reille, que venian llegando por el camino de Chirivella, alcanzaron aun la cola de la columna, é hicieron algunos prisioneros. A beneficio de estas disposiciones, la posicion de Mislata, en que el general Palombini se veia empeñado aun, se vió al punto desembarazada, y pudo hacer un movimiento hácia adelante: los Italianos de Palombini hubieron de saludar y dar la bien-venida á sus compatriotas de la division Severoli sobre el campo mismo de batalla. Blake, separado ya de los generales Mahy, Obispo y Villacampa, se vió forzado á renunciar al proyecto de dirigirse hácia el Xucar, si todavez él hubo de concebirle, y con los generales

Carlos O-Donell, Miranda, Zayas y Lardizabal, regresó á su campo atrincherado y á la capital, que no se atrevia á abandonar ó á dejar sin defensa. El mariscal por su parte habia ido á encontrar la division Harispe, que habia hecho marchar desde Torrente en derechura á Catarroja, con el objeto de rodear y cercar el ejército español. El general Mahy habia ya ganado con tiempo y emprendido su marcha por el camino de Alzira, y solo pudimos alcanzar algunos rezagados, y parte de los bagages y de la artillería. Nuestras tropas, sin desviarse ni perder de vista el objeto principal, continuaron su marcha, cerrando así el paso entre ellas y la ciudad á todo cuanto no habia podido escapar ó ponerse en salvo con tiempo, y solo hicieron alto al llegar al parage que por esta parte formaba la cola ó extremidad del campo de batalla, esto es, sobre el borde del gran lago de la Albufera.

Sin embargo, el complemento de esta gran maniobra dependia aun de la operacion que se habia confiado al general Habert, quien habia recibido la órden de atravesar el rio, cuando viera fuertemente empeñado el ataque del general Palombini. Ademas de las treinta y seis piezas de campaña que llevaban consigo las divisiones, se habian establecido veinte, en posicion, en la orilla izquierda, á fin de auxiliar y

de proteger el paso del rio, por la parte superior como por la parte inferior de la ciudad. El general Habert, pues, despues de haber cañoneado vivamente tanto la flota como las líneas enemigas y establecido un puente volante en la embocadura misma del rio, se puso en movimiento con su division, al medio dia, y marchó contra los Españoles, bajo un fuego terrible de artillería y de fusilería. Habia destacado delante de su columna unos cien caballos, que llevaban á su grupa otros tantos volteadores, y quienes se colaron hácia lo largo de la estrecha playa, por fuera del lazareto, y rodearon y atacaron por la gola é espalda los atrincheramientos que la division embestia por su frente. Los Españoles no hicieron una gran resistencia, y nuestras tropas se alojaron en ellos al momento. Y con arreglo á sus instrucciones, el general Habert prolongó su movimiento, dejando su derecha apoyada al rio, y con su izquierda vino á darse la mano con la division Harispe. Un camino estrecho y harto difícil entre la Albufera y el mar, y cuya existencia no nós era conocida, prestó aun paso libre á una columna española que se dirigió por él y llegó á Cullera, en la embocadura del Xucar. Pero tanto este camino de traviesa, como el gran camino real quedaron interceptados, desde el punto mismo en que todas

nuestras tropas quedaron establecidas en las posiciones en que debian campar. Al cerrar la noche estaba ya completamente terminado el embestimiento de Valencia por una y otra orilla del rio, y las dos terceras partes del ejército de Blake, es decir, cerca de veinte y mil hombres quedaron encerrados en dicha capital.

No nos restaba hacer otro, que el cerciorarnos y asegurarnos de cuales podrian ser las intenciones del general Mahy y de las tropas que se habian retirado hácia el Xucar. El mariscal hizo partir en la noche misma al general Delort con los dragones del 24 y quinientos volteadores hácia Alzira, mientras que por otra parte destacaba al coronel Cristophe, con trescientos húsares, hácia Cullera. Al coronel Alphonse de Colbert, que mandaba el 9º de húsares, se le destacó con su regimiento hácia Chiva y Buñol, por el camino de Cuenca. Los coraceros permanecieron en nuestro campo, como cuerpo de reserva, mientras que las divisiones de infantería, formadas en dos líneas, estaban en disposicion de poder hacer frente por todos lados. El general Delort encontró al general Mahy en Alcira, con tres ó cuatro mil hombres y en una posicion bien defendible, en medio de una isla, y con una cabeza de puente armada y artillada. Mas el general español evacuó la ciudad á los primeros fusilazos, y los habitantes se apre-

suraron á auxiliar y hacer entrar á nuestros soldados. El general Villacampa que ocupaba Cullera, se retiró y alejó, cuando nos acercamos nosotros, y se reunió despues con Mahy en el camino hácia Alicante. El coronel Colbert regresó al campo con un ciento de prisioneros.

El resultado de la jornada del 26 fue la toma de veinte y cuatro cañones, de algunos cientos de prisioneros, y la embestidura de una gran plaza que contenia y encerraba en su seno todo un ejército: á nosotros hubo de costarnos aquella como unos cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos, de la division de Palombini casi todos, y entre ellos, cuarenta oficiales. El combate de Mislata, que influyó poderosa y felizmente en la victoria de aquel dia, hizo mucho honor al valor italiano. El coronel Barbieri murió gloriosamente á la cabeza de su regimiento. Por parte de los Franceses, el general Boussard resultó gravemente herido, segun ya lo hemos dicho; mas por fortuna ninguna de sus heridas era mortal. El mariscal, sobre todo, hubo de hacer en este dia una pérdida que le fue en extremo sensible, á saber, la de su jóven primo Adolphe de Villeneuve, oficial de grande esperanza que mandaba los húsares de su escolta, y á quien mató uno de los últimos fusilazos que se dispararon en esta jornada\*.

\* En el momento decisivo de la batalla, y cuando el maris-